

El devenir de la conciencia en *El hijo del coronel*

Alejandro García

Recuerdo que mi primera lectura de *El hijo del coronel*¹ de David Ojeda, allá por julio de 2008, fue rápida y seductora. La historia del coronel, ex boina verde, Marcelo Azuara en su viaje de Brownsville a Monterrey, y de allí a San Luis Potosí, con un paseo por su natal región huasteca, Ciudad Valles, y su destino final a Ciudad de México en compañía de su esposa Victoria y en visita a su hijo Marcelo. La narración de Azuara era una revisión y una muestra de su vida, un tránsito de la infancia a la madurez. Fue durante la navidad de 2007. En el camino, en un restaurante del *camino*, unos jóvenes dicen con tono y gesto insultante: «la taquera»² a una mujer y Marcelo siente lo mismo que durante la infancia cuando uno de sus mejores amigos cree insultar así a su propia madre. El muchacho morirá ahogado, pero unas manos imaginables lo hunden en la corriente. Marcelo va en busca de los ofensores, pero en el camino estrella su vehículo contra un camión. Victoria muere.

En la segunda parte desaparece el yo reflexivo (por otro lado de pronto tú e incluso él). Ahora la narración corre a cargo del médico forense Fernando Carrillo, quien es llamado a practicar la autopsia de una mujer fallecida en un accidente automovilístico y que resulta ser Victoria Bautista, la mujer que amó en sus años juveniles. El cuerpo no presenta heridas expuestas, por lo que es necesario averiguar la causa de la muerte, dada la calidad del militar norteamericano, nacido en la Huasteca y con un largo currículum de inteligencia constrainsurgente en nuestro país.

La tercera parte es la notificación del accidente, que recibe Marcela Azuara y el enfrentamiento entre padre e hija, ya que él apenas se entera de su cambio de sexo. Aquí el autor recurre a un narrador omnisciente que nos pone al tanto del proceso de cambio, de normalización en Marcela. La forma como enfrenta la dureza del padre, a pesar de estar convaleciente después del choque, nos genera como lectores la seguridad de que ha logrado una transformación no sólo del cuerpo, sino de toda ella y ha logrado tener una pareja a la altura de

¹ David Ojeda, *El hijo del coronel*, Tusquets, 2008, México.

² «Ventura, cuatro años mayor que nosotros, de pie en una roca y vestido sólo con unas trusas en las que se transparentaba su virilidad, soltó la puya que te encendió la sangre y a mí casi me hizo llorar, aunque tú contuviste mis lágrimas: «¡Ándale, Chelo! Ahí te habla la taquera» [...]. Vi entonces mis manos que tú controlabas, se me rebelaron mis intenciones y, por un momento, gustoso, las hice mías. Luego me arrepentí y ya era tarde. Nuestras piernas se apoyaron en el fondo para impulsar el cuerpo rematado en nuestros dedos hábiles que se aferraron por sorpresa de los tobillos de Ventura Olivares, tirando de ellos bruscamente». «El colmo fue que uno de esos muchachos chistara para llamar a la joven mujer que parecía ser tanto mesera como dueña del local. Y como ella no atendiera el llamado, el parroquiano le gritó: «Taquera...»». David Ojeda, *op. cit.*, pp. 27 y 99.

sus convicciones y necesidades y despejar muchas de las tinieblas morales y barreras sociales que se generan ante un hombre que cambia su sexo masculino a femenino.

En esa época, después de tratar de leer *desocupadamente*³ la novela de Ojeda, vinieron

padre e hijo y la nueva diversidad sexual que estaba ya en el mundo y exigía ampliar o fijar nuevos renglones dentro de una gama continua que nunca podría volver a ser tajante.

Pero ahora quiero esbozar algo que encuentro a partir de los tres discursos de la

La conciencia no crea el problema, tiende a dar las claves para resolver la pregunta o el acertijo vital. Da nortes o rumbos, pero de ninguna manera se pega al sujeto como nuevo decálogo o libreta de instrucciones.

los embates propios de la malformación profesional. Había terminado el mero deleite. Estaba yo muy interesado en ese entonces en las Constelaciones familiares de Bert Hellinger,⁴ sobre todo a partir de sus textos, de sus casos. De tal manera que la primera parte de la novela fue la que captó más mi atención, el personaje de Azuara era interesante por esa especie de llamita viva que le dio en la infancia la convivencia con la madre y ese sentido de dignidad que debe mantenerse en el trato lingüístico: «taquera» no era una ocupación en las voces del amigo y de los viajeros de encuentro ocasional, era todo un mundo de violencia y discriminación allí expresado. Desde luego que vi la disputa entre San Luis y Valles, la lucha generacional, la confrontación entre

novela: el yo que se piensa y se escribe, el él que piensa a una mujer muerta y que está a su alcance para ser diseccionada, y la mente que es capaz de bajar el tono de los conflictos, de la queja y llevar a cabo los cambios necesarios para actuar de acuerdo a sus convicciones: una larga lucha contra las desigualdades, pero también a favor de disminuir la brecha de la disonancia cognitiva.

Mi pequeña aseveración, y pido una disculpa por el pretencioso título de esta comunicación, que ahora confieso es más un proyecto, es que en *El hijo del coronel* podemos asistir al largo tránsito de la conciencia después de la ruptura de la mente bicameral a la conciencia estética o creativa.

Quiero citar lo que escribí en mi columna «Pssst pssst, Madigan»:⁵ «Canta, oh Diosa, la ira del coronel Azuara», así podía empezar la historia, tu historia, oh Madigan, guerrero de presta pluma, oscuros rizos y rápidas acciones, enfurecido ante el insulto: «la taquera». Una sucesión de divinidades intervendría en pro de esos humillantes, altaneros mocetones lengua suelta y otra alternaría para aderezar tu desplazamiento desde el restaurante a la carretera y el encuentro con el camión que costaría la vida de Victoria, tu derrota y la fuga de los agresores. O tal vez arrancar del insulto en boca de tu amigo de infancia y del arrastrar de pies del infractor a las aguas de la muerte. Sin duda podrían ser relatos que corrían por caminos y plazas, en boca

³ A la manera del desocupado lector que pidiera Cervantes para *El Quijote*.

⁴ En mi trabajo previo, *David Ojeda: un erizo y un zorro en el campo literario* (Policromía, 2018, México), he utilizando la siguiente cita como epígrafe de la sección correspondiente a la segunda novela de Ojeda: «Me di cuenta de que muchos de los que se remitían a su conciencia decían algo que descalificaba o dañaba a otros. Así vi que la conciencia no sólo estaba al servicio del bien, sino también al servicio del mal. Por tanto, empecé a sospechar del gran respeto que nuestra cultura manifiesta por la conciencia. Asimismo me pareció sospechoso que el esclarecimiento occidental no hubiera tocado en absoluto a la conciencia, y muchas ideas religiosas que antaño habían sembrado miedo y terror, ahora me parecían transferidas a la conciencia, donde seguían intocables como un tabú»: Bert Hellinger, *El centro se distingue por su levedad. Conferencias e historias terapéuticas*. Herder, Barcelona, 2002, p. 13. En Bert Hellinger, *Los órdenes del amor*, Herder, Barcelona, 2001 el lector podrá encontrar algunas historias realmente sorprendentes.

⁵ Alejandro García, «Pssst, pssst, Madigan, 85» en *Los testigos de Madigan*, revista electrónica, 7 de octubre de 2020, disponible en: <<http://lostestigosdemadigan.com/columna/pssst-pssst-madigan85/>>.

de actores que agregaban detalles y hacían crecer la cólera y su insatisfacción. ¿Era la diosa tu voz, Madigan, el imposible salto al «Canto, oh Diosa, la ira del coronel Azuara»? ¿O el todavía más desafiante «Canto, oh Diosa, mi cólera de coronel Azuara»?

Evidentemente Ojeda conoce la revolución joyceana o woolfiana o proustiana, y sabe de las virtudes del teatro, sobre todo el isabelino, o de las novelas interioristas de Dostoiévski, pero el dar a conocer el pensar, el pensar mismo no es la conciencia. Es cierto que al comunicarse los hemisferios el hombre pudo acomodar sus voces dentro de él y no atribuir las necesariamente a las divinidades. La gran novela de la segunda y la tercera décadas del siglo XX exhibe el pensamiento, el fluir de la vida a través del lenguaje, pero la conciencia es una operación en el espacio que selecciona y extrae de la totalidad del tiempo en la mente y lo hace mediante un «yo» metafórico que construye eventos que no ha vivido y se los adjudica a un «me», también metáfora del yo. Y todo se narrativa y las imagina. El cerebro opera y permite interpretar el mundo y resol-

ver sus desafíos en la vida propia y la de otros. La conciencia es un instrumento. De allí que toda la primera parte de *El hijo del coronel* sea ese recuento de sucesos frente a los cuales, después de pensarlos y escribirlos, el coronel tendrá que tomar decisiones. La más sorprendente: respetar o no la decisión de Marcela.

La conciencia no crea el problema, tiende a dar las claves para resolver la pregunta o el acertijo vital. Da nortes o rumbos, pero de ninguna manera se pega al sujeto como nuevo decálogo o libreta de instrucciones.

Si el coronel tendrá que ejercer el recuento, el médico se convierte en un narrador de su propio infortunio. Tendrá a su alcance, desnuda, a la mujer que le gustaba tanto y con la que llegó a tener una intimidad de una noche en donde sólo llegaron a utilizar manos y dedos para después replegarse a la distancia y a la soledad. Del estudiante de 1977 al forense de 2007. Eso sucedió justamente en el lugar donde el coronel pudo ver a la chica y la seleccionó como presa. Condicionada, sometida a las reglas de una sociedad machista, ella podrá dejar en su apellido, Bautista, la semilla que permi-



Max Ernst, «La mujer 100 cabezas» en: *Tres novelas en imágenes*, Mas Pou (Girona), Atalanta, 2008.

tirá a su hijo: tener una conciencia capaz de indicarle la mejor salida.⁶

Por último, está Marcela, la mujer que ha construido un hábitat físico y mental donde pueda ser lo que ella ha decidido. Frente a los dos anteriores personajes, el uno, el coronel, desgarrado por sus contradicciones; el otro, el forense, anquilado en el fin de sus días, Marcela destraba los conflictos, limpia el camino de telarañas y obstáculos y construye un instrumento que no sólo le permite sobrevivir y pensar, reflexionar, sino que además tiene que ser en condiciones donde el trato a ella sea diferente. No hay culpa en ninguna de las acciones de Marcela, tampoco hay un deseo de vengarse de la violencia del padre, mucho menos un sentimiento de altanería o piedad hacia su madre. En el nuevo entorno ecológico, sano, que ella ha construido, la conciencia va más allá, a lo específicamente humano que se basa en lo cualitativo, la estética, el equilibrio o el desequilibrio que da goce, el departamento que no torna cómoda la vida o que sí, la pintura que da tono y cadencia a los sentidos, senda a los impulsos, pero con una comodidad que se olvida de la cosificación y del alma alineada.

Sólo me resta decir, por ahora, que con esa habilidad de David Ojeda, a la manera del *bumerang*, la novela nos regresa a que el lector pueda intentar un ejercicio de conciencia, no a la manera de los ejercicios espirituales de Loyola, sino con ella como instrumento enrique-

⁶ «Hemos dicho que la conciencia es más bien una operación, no una cosa, un depósito o una función. Opera por medio de la analogía, por medio de construir un espacio análogo con un «yo» análogo que puede observar ese espacio y moverse metafóricamente en él. Opera sobre cualquier reactividad, extrae aspectos pertinentes, los narrativiza y concilia en un espacio metafórico en el cual es posible manipular esos significados como cosas en el espacio. La mente consciente es un análogo espacial del mundo y los actos mentales son análogos de actos corporales. La conciencia opera únicamente sobre esas cosas observables objetivamente. O, dicho de otro modo que nos recuerda a John Locke, en la conciencia no hay nada que no sea un análogo de algo que primeramente estuvo en la conducta»: Julian Jaynes, *El origen de la conciencia en la ruptura de la mente bicameral*, FCE, México, 1987, p. 64.

cido por la dimensión estética, dentro de nuevos procedimientos que permitan entender a los personajes, entendernos a nosotros. Frente al coronel después del accidente, podemos pensar en nuestras violencias; frente al médico forense, podemos ir a nuestras derrotas; frente a Marcela, podemos caminar por el sendero de lo que hemos traicionado, de lo que fuimos incapaces de mantener o, también, saber que nuestras espadas hace tiempo que adquirieron la tesitura de reaquilatar al otro y de querer al yo sin cortapisas.

Fuentes

García, Alejandro, *David Ojeda: un erizo y un zorro en el campo literario*, Policromía, México, 2018; García, Alejandro, «Pssst, pssst, Madigan, 85» en *Los testigos de Madigan*, revista electrónica, 7 de octubre de 2020, disponible en: <<http://lostestigosdemadigan.com/columna/pssst-pssst-madigan85/>>; Hellinger, Bert, *El centro se distingue por su levedad. Conferencias e historias terapéuticas*. Herder, Barcelona, 2002; Hellinger, Bert, *Los órdenes del amor*, Herder, Barcelona, 2001; Jaynes, Julian, *El origen de la conciencia en la ruptura de la mente bicameral*, FCE, México, 1987; Ojeda, David, *El hijo del coronel*, Tusquets, 2008, México.